

sense of fraternity. In our search for the common good, we meet and enjoy the fraternity of our brothers of the various faith communities. Together with them, we grow in understanding but also in care for others. In a fraternity, our voices become one as we walk forward and live together. As recalled in the conclusion, the *file rouge* of the common conviction of the Holy See and the ILO is represented in the common engagement, “according to their different natures and functions”, to continue to implement their respective strategies with “an effective and valued contribution to the establishment of an economic and social order marked by justice and humanity, an order which recognizes and safeguards the lawful rights of workingman” (Encyclical Letter *Mater et Magistra*, 103).

**Fernando Chica Arellano**

*Misión Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA*  
arellano@libero.it

**San Óscar A. ROMERO, *Homilías de denuncia y compasión. Ciclo A (1977-1978), Edición preparada por Miguel Cavada Díez. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2019, xxvi + 524 pp. ISBN: 978-84-220-2104-9.***

<https://doi.org/10.46543/ISID.2029.1064>

Este tomo recoge 44 sermones del que fuera arzobispo de San Salvador, mons. Romero (Ciudad Barros, 15 de agosto de 1917 – San Salvador, 24 de marzo de 1980). Los pronunció entre el primer domingo de Adviento, el 27 de noviembre de 1977, y la solemnidad del Santísimo Cuerpo de Cristo, el 28 de mayo de 1978. Corresponden al ciclo A de la liturgia de la Iglesia.

El Prelado fue vilmente asesinado el 24 de marzo de 1980, en la Capilla del Hospital Divina Providencia, mientras celebraba la Santa Misa. Su muerte sobrecogió al mundo provocando sentidas muestras de solidaridad. La más elocuente fue, sin duda, la de san Juan Pablo II, quien se expresó así dos días después del magnicidio de tan intrépido testigo del Evangelio: “Al conocer con ánimo traspasado de dolor y aflicción, la infausta noticia del sacrílego asesinato de Monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez, cuyo servicio sacerdotal a la Iglesia ha quedado sellado con la inmolación de su vida mientras ofrecía la víctima eucarística, no puedo menos de expresar mi más profunda reprobación de pastor universal ante este crimen execrable que, además de flagelar de manera

cruel la dignidad de la persona, hiere en lo más hondo la conciencia de comunión eclesial y de quienes abrigan sentimientos de fraternidad humana". Tres años más tarde, el 6 de marzo de 1983, el Romano Pontífice, después de postrarse en profunda oración ante la tumba del IV arzobispo de San Salvador, exclamaba: "Reposan dentro de sus muros los restos mortales de Monseñor Óscar Arnulfo Romero, celoso pastor a quien el amor de Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida de manera violenta".

En 1994, su sucesor en la sede metropolitana de San Salvador, mons. Arturo Rivera y Damas, inició su proceso de beatificación, que estuvo en estudio durante cierto tiempo. En el año 2000 la Congregación para la Doctrina de la Fe comenzó la revisión de todos los discursos, homilías, conferencias y cartas escritas por el Prelado. En 2005, el postulador de la causa, mons. Vincenzo Paglia, aseguró públicamente que "Romero no era un obispo revolucionario, sino un hombre de la Iglesia, del Evangelio y de los pobres". El Papa Francisco, haciéndose eco del deseo de muchos fieles, respaldó con decisión la figura de este insigne evangelizador. En 2015 aprobó el decreto en el que se reconocía su "martirio" *in odium fidei*. Esta declaración fue fundamental para su beatificación, pues de esta manera no era necesario reconocer un milagro. Mons. Romero fue beatificado el 23 de mayo de 2015. El decreto del milagro por intercesión del que fuera eximio pregonero del Evangelio, firmado por el Santo Padre el 7 de marzo 2018, abrió las puertas a su canonización, que tuvo lugar junto a la del beato Pablo VI, dos sacerdotes, dos religiosas y un laico, el 14 de octubre 2018, en Roma. En dicha ceremonia, Su Santidad definió al primer santo salvadoreño como alguien que dejó la seguridad del mundo, incluso su propia incolumidad, para entregar su vida al anuncio de la Buena Noticia, siendo "cercano a los pobres y a su gente, con el corazón magnetizado por Jesús y sus hermanos" (*Homilía*, 14-10-2018).

Las páginas de este hermoso volumen logran, precisamente, por menorizar estos rasgos apuntados por el sucesor de Pedro al describir la persona y el servicio ministerial del primer arzobispo mártir de América Latina. Y es que esta obra plasma magistralmente un retazo de la trayectoria de este preclaro heraldo del Reino de los Cielos, alejado totalmente de la autorreferencialidad, cosido al corazón de su Redentor como audaz timonel de una grey fustigada por el desdén de los poderosos.

Estos sermones refrendan que mons. Romero siguió las huellas de Cristo y muestran que, como su Maestro, también él padeció escarnio e injurias. Fue calumniado, difamado, tergiversado en sus palabras, a pesar de que vivió únicamente para Dios y para su pueblo. Ese fue el binomio que marcó sus denuedos evangelizadores y sus azarosos días; fueron esos los dos amores que caracterizaron su total entrega. De ella

dan buena prueba las homilias del santo arzobispo recopiladas en este repertorio escrito, publicado esmeradamente por la prestigiosa editorial "Biblioteca de Autores Cristianos", a la que hay que felicitar por el acierto de haber injertado en su catálogo una obra como esta, que habría quedado más completa todavía si hubiese contado con algunos índices finales de materias, lugares, personas, citas bíblicas y de otros documentos usados por el Prelado en su predicación.

Nos hallamos ante piezas largas que impactaban a sus numerosos oyentes, muchos de ellos presentes en las misas celebradas por el arzobispo. Otros se dejaban interpelar por el Prelado a través de la prensa, pero sobre todo de la radio. Algunos de estos sermones duraban más de una hora, en ocasiones dos. Esto se entiende si no se ignora que el tiempo en Centroamérica está signado por otros parámetros culturales y corre a distinta velocidad que en nuestra pragmática Europa. Repasar estas páginas de parsimoniosa cadencia no es sino comprobar que el Prelado hablaba sin reloj, transfigurado, movido por su fe, animado por un vibrante arrojo y un acendrado celo apostólico. Ese es el retrato que este libro brinda de san Romero de América, de quien los obispos de El Salvador han dicho una y otra vez que fue un hombre de Dios, un hombre de Iglesia y un gran defensor de los pobres. Y precisamente porque intentaba ser fiel a esos calificativos, la oratoria del santo era extensa. Brotaba de su recia experiencia orante, de su alma enamorada de Cristo, de su responsabilidad eclesial y de su apuesta preferencial por los indigentes. Sus palabras no se deben a la erudición del profesor, ni son fruto de modas exegéticas. Más que al teórico, o al simple repetidor de unos papeles que otros han escrito, los sermones de este eminente pastor son expresión del palpitar de su corazón de insomne centinela, que acompaña y vela con solicitud por la grey que la providencia divina le asignó.

Variadas son las cuestiones que emergen una y otra vez en los textos contenidos en esta monografía. Se pueden compendiar en dos notas. Notas que naturalmente se enriquecen con otros muchos matices, pero que en sustancia giran, como recoge el subtítulo de esta obra, alrededor de la denuncia y la compasión. Esto es justamente lo que subrayan Miguel Cavada y Jon Sobrino en la enjundiosa introducción que abre el presente volumen.

En efecto, la lectura de esta publicación revela, ante todo, la aflicción de mons. Romero a causa de las vejaciones que laceraban a mucha gente sencilla de aquella nación centroamericana. El Arzobispo, con enorme tristeza, relata detalladamente los desafueros a los que con cinismo venían siendo sometidos sus compatriotas. No fueron pocos los que maquinaron para soterrarlos. Hoy, en cambio, se conocen bien. Se sabe que, en la encrucijada histórica de san Óscar Arnulfo, el pueblo salvadoreño

sufrió una acerba persecución llevada a cabo sin escrúpulos tanto por militares y policías como por los grupos armados de izquierda de ese país centroamericano. Comprobamos esta verdad leyendo estas piezas oratorias. Ellas ponen de manifiesto, muy en vivo además, esos atropellos ante los cuales la palabra de mons. Romero no se arredra. Él no se amedrentó ante nadie, por encumbrado que estuviere o malvado que fuera. No le faltaron agallas para desenmascarar episodios tan espinosos y repugnantes como los secuestros de sindicalistas, las extorsiones de obreros, el rapto de personas a las que los cuerpos de seguridad del estado hacían luego inicuaamente desaparecer, la prevaricación de los jueces, etc. Aludía también a quienes eran vilmente asesinados por escuadrones de la muerte. Enumeraba asimismo las desmesuradas fatigas que pasaban los campesinos y otros colectivos infortunados y desprotegidos de la nación. La fuerza para hablar, como también queda claro al leer estas páginas, le venía de su asiduo trato con Cristo en la plegaria. Romero confesaba a su Señor presente en la Eucaristía para después descubrirlo en el rostro de los pobres, a los que no daba la espalda. Nunca pasó de largo ante el dolor ajeno. Antes bien, puso a los necesitados en el centro de su caridad y ministerio episcopal. Los sirvió egregiamente y sin vacilación.

Otro eje sobresaliente en este conmovedor repertorio de homilías del primer salvadoreño en ser elevado a los altares es la descripción del auténtico seguimiento de Cristo. Romero recalca que ahí está el meollo de la genuina religiosidad: una religiosidad que pasa obligatoriamente por el culto al verdadero Dios y la oposición a la vanidad, a la idolatría del poder, del éxito, del dinero. Desde esta atalaya, el Prelado condena sin remilgos la hipocresía de aquellos que quieren encender al mismo tiempo una vela a Dios y otra al diablo. De él aprendemos que la fe siempre se manifiesta en el amor y no puede servir para encubrir las injusticias. Para ilustrarlo, valgan estas palabras del Santo, de sabroso contenido escriturístico: "Esta es la meta hermanos, meta que señalaron los profetas, meta que sigue señalando la Iglesia. Los enemigos, los que tratan de que la Iglesia no hable, la desacreditan y dicen: «Predica violencia, predica política, comunismo»; son las distorsiones del pecado. Pero quienes, superando las fuerzas del mal, oyen a la Iglesia auténtica, oirán siempre el eco de Isaías, el eco de Cristo, el eco de los profetas. Jamás hemos predicado violencia, solamente la violencia del amor, la que dejó a Cristo clavado en una cruz, la que se hace cada uno para vencer sus egoísmos y para que no haya desigualdades tan crueles entre nosotros. Esa violencia no es la de la espada, la del odio; es la violencia del amor, la de la fraternidad, la que quiere convertir las armas en hoces para el trabajo (cf. Is 2,4)" (Homilía 27-11-1977, pp. 14-15). Y, algunos días después, volvió sobre el argumento diciendo: "Buenas obras, corazones cristianos,

verdadera justicia, caridad: eso es lo que busca Dios en la religión. Una religión de misa dominical, pero de semanas injustas, no gusta al Señor. Una religión de mucho rezo, pero con hipocresías en el corazón, no es cristiana. Una Iglesia que se instalara solo para estar bien, para tener mucho dinero, mucha comodidad, pero se olvidara del reclamo de las injusticias, no sería la verdadera Iglesia de nuestro divino Redentor y por eso tiene que padecer, tiene que sufrir, tiene que ser perseguida, porque muchos no comprenderán, instalados en sus comodidades" (Homilía, 4-12-1977, p. 35).

Pero la tarea eclesial que aparece en estos sermones del Prelado no se restringe a la vertiente referida de evidenciar, con la luz de la Escritura Santa, el pecado y las bellaquerías cometidas por distintas facciones armadas, grupos insurgentes o instancias gubernamentales del país. El Arzobispo dilata estas facetas añadiendo los rasgos de una Iglesia samaritana y compasiva, la Iglesia de las bienaventuranzas que grita: "«Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (Lc 11,4). Es uno de los anhelos bíblicos más profundos. El hombre no está hecho para la venganza, para el odio, para la violencia, sino para la reconciliación, para el amor, para el perdón; y en la medida en que nosotros perdonamos, así le decimos a Dios: perdónanos como nosotros perdonamos. Dichosos los corazones misericordiosos, los generosos, los que son instrumentos de paz, los que van sembrando concordia donde hay discordia" (Homilía 29-1-1978, p. 223).

El esplendor de la Iglesia, lo tenía claro mons. Romero, no consiste en el lujo, la fatuidad o la riqueza. El fuego que la consume, la fuerza que la anima es la incondicional caridad hacia los menesterosos. La Iglesia prolonga en la tierra la misión de su divino fundador, estando cercana a todos pero, en particular, a los desfavorecidos de este mundo. Mirando a Cristo crucificado, le duelen las heridas de cuantos pasan por pruebas y escollos diversos. Imitando a su Señor, se apiada de los rezagados y excluidos, de quienes tienen sus entrañas desgarradas por la depravación de los infames. Ella no aspira a la adulación de los poderosos ni quiere protagonismos fugaces. "Hay muchas agrupaciones que hacen el bien, pero para salir en el periódico, para que se ponga una placa de un gran bienhechor. Hay muchos que hacen el bien buscando aplausos en la tierra. Lo que busca la Iglesia, al llamar a todos a la justicia y al amor fraterno, es el bien de la persona que hace el bien, porque se hace más bien el benefactor que el beneficiado. «Entonces clamarás al Señor y te responderá; gritarás y te dirá: aquí estoy» (Is 58,9). ¡Qué más queremos hermanos! Gozar de la presencia de Dios. Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos, el que nos está dando la palabra de Dios hoy: todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo,

del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios. «Clamarás al Señor y te escuchará». La religión no consiste en mucho rezar. La religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí porque le hago el bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras. La garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: cómo me porto con el pobre, porque allí está Dios; y en la medida en que te acerques a él y con el amor con que te acerques o el desprecio con que te acerques, así te acercas a tu Dios. Lo que a él haces, a Dios se lo haces; y la manera como mires a él, así estás mirando a Dios. Dios ha querido identificarse de tal manera que los méritos de cada uno y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre [...]. No se duerman; la Iglesia, la religión, no quiere ser opio del pueblo. La Iglesia por eso sufre los conflictos, porque trata de promover al hombre y decirle: tú eres igual que todos, tú tienes los mismos derechos que tienen todos tus hermanos, y porque va promoviendo para que dejen de ser masa adormecida y se conviertan en artífices del destino de la patria. Por eso, la promoción de la Iglesia maliciosamente se la quiere confundir con ideas subversivas u otra clase de calumnias; pero lo que la Iglesia busca es esto del profeta: anunciar la promoción de los hombres sabiendo que en cada hombre está escondido Dios y que el respeto a cada hombre, así sea el más pobre e indigente, es respeto, devoción, actitud casi de adoración a nuestro Dios” (Homilía 5-2-1978, pp.237-239).

Concluyendo, quien tome este volumen entre sus manos podrá verificar personalmente que mons. Romero no se contentó con mirar a distancia las penalidades de sus fieles. Sufría con ellos y por ellos, implicándose en su vida, compartiendo hondamente sus penurias. Colmado de calor humano y de convicción evangélica en sus consideraciones, solo ambicionaba ser mensajero de la Palabra de Dios. No fue adalid de una estéril retórica. Jamás habló por hablar. Nunca ocultó sus sentimientos. No olvidó a su Redentor ni postergó a los desfavorecidos. Quizás por eso fue y es tan querido por su pueblo. Era el hombre de Dios en medio de su grey, de la que en ningún momento se desentendió, ni siquiera cuando sus detractores se burlaban de él porque visitaba a la gente sencilla en los cantones de San Salvador.

En definitiva, a medida que pasa el tiempo, se verifica en mayor grado que la palabra del santo no ha caído en saco roto. Por el contrario, ha recabado una copiosa y feraz cosecha debido a su real identificación con Cristo, Sumo Sacerdote de nuestra redención. En su corazón episcopal se palpa el de Jesús y, por amor suyo, levantó su voz en aras de la dignidad de la persona humana y la salvaguarda de sus derechos inviolables. No me cabe duda de que, ayer como hoy, este es el perfil indispensable

para anunciar y hacer presente entre nosotros el Reino de Dios. Nuestra sociedad necesita sembradores del Evangelio de este talante, el mismo que marcó cabalmente la existencia de san Óscar Arnulfo. Él fue asesinado por ser portador de esperanza para los desamparados, en sintonía absoluta con su Maestro, Jesús de Nazaret, el unigénito Hijo de Dios. A ellos prestó su voz de profeta y por ellos se desgastó, renunciando a la cobarde solución de abandonar el rebaño y huir como hacen los mercenarios. En verdad, este Prelado encarnó enteramente la semblanza del evangelizador que encontramos nítidamente expuesta en la exhortación apostólica postsinodal de san Juan Pablo II "Pastores gregis", cuando afirma: "Ante situaciones de injusticia, y muchas veces sumidos en ellas, que abren inevitablemente la puerta a conflictos y a la muerte, el obispo es defensor de los derechos del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Predica la doctrina moral de la Iglesia, defiende el derecho a la vida desde la concepción hasta su término natural; predica la doctrina social de la Iglesia, fundada en el Evangelio, y asume la defensa de los débiles, haciéndose la voz de quien no tiene voz para hacer valer sus derechos. No cabe duda de que la doctrina social de la Iglesia es capaz de suscitar esperanza incluso en las situaciones más difíciles, porque, si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos" (n. 67).

**Fernando Chica Arellano**

*Misión Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA  
arellano@libero.it*

**San Óscar A. ROMERO, *Homilías de justicia y paz. Ciclo A/II (1978), Edición preparada por Miguel Cavada Díez. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2020, XXVIII + 441 pp. ISBN: 978-84-220-2138-4.***

<https://doi.org/10.46543/ISID.2029.1065>

La prestigiosa editorial *Biblioteca de Autores Cristianos* está realizando un loable servicio publicando el repertorio homilético de mons. Romero, arzobispo de San Salvador y conspicuo modelo de vida sacerdotal por la ejemplaridad evangélica de su vida y su recia bizarría. Este es el cuarto volumen de la serie. Están ya en el mercado estos otros: San Óscar A. ROMERO, *Homilías de resurrección y vida. Ciclo C (1979-1980), Edición preparada por Miguel Cavada Díez. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2018*; San Óscar A. ROMERO, *Homilías de evangelización. Ciclo C (1977), Edición preparada por Miguel Cavada Díez. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2019*; San Óscar A. ROMERO, *Homilías de denuncia y compasión.*